

momento, que algún funcionario público sacaba esas colecciones de periódicos, que luego supimos que estaban en su biblioteca particular.

- C.G.- Profesor, ¿podría precisar el año de ese rescate?
- I.C.G.- Pues, con fecha exacta, no. Pero fue en la mitad del 52, - en vísperas... la Biblioteca Universitaria se inauguraba en noviembre, el día 9 y esto sucedió dos o tres meses antes.
- C.G.- ¿Cuánto tiempo estuvieron ahí, más o menos?
- I.C.G.- Eso fue a principios del 50 o del 51, hasta estos días de que hablamos, del 52; es decir, por lo menos 2 años.
- C.G.- ¿Usted llegó a tener el Archivo de la Biblioteca Pública del Estado?
- I.C.G.- Con los libros aparecieron algunos legajos de correspondencia firmados por algunos directores como Rafael Nájera... Carlos Medellín (éste, poeta de los años 20), pero una cosa muy aislada, algún informe, algún libro de registro de lectores, pero no sé a dónde fue a parar ese archivo.
- C.G.- ¿No recuerda el nombre del último director de la Biblioteca Pública?
- I.C.G.- Los directores que yo conocí fueron: Marmolejo, un anciano muy achacoso; luego nuestro amigo, ya desaparecido también, Apolinar Núñez de León, pero el último director, sinceramente no me acuerdo quién es.
- C.G.- Cambiando de tema. Profesor, ese nuevo aire de aprecio y simpatía por la Biblioteca Universitaria que se inició en los años 50 ¿a qué cree usted que se debió?, ¿Qué fue lo que con juntó todo eso?
- I.C.G.- Pues yo me atrevería a pensar que era el momento en que se iniciaba la obra estupenda de la Ciudad Universitaria y el nacimiento del Patronato Universitario y estaban al frente de estas instituciones hombres como el Lic. Rangel Frías y Manuel Barragán, que gozaban de la más amplia simpatía y aprecio de la sociedad de Monterrey. Pero, por otra parte, también ese es el momento del crecimiento cultural de la ciudad iniciado en los 40, con la creación del Instituto Tecnológico y de la Universidad, ya definitivamente. Y, por qué no de

momento, que algún funcionario público sacaba esas colecciones de periódicos, que luego supimos que estaban en su biblioteca particular.

C.G.- Profesor, ¿podría precisar el año de ese rescate?

I.C.G.- Pues, con fecha exacta, no. Pero fue en la mitad del 52, en vísperas... la Biblioteca Universitaria se inauguraba en noviembre, el día 9 y esto sucedió dos o tres meses antes.

C.G.- ¿Cuánto tiempo estuvieron ahí, más o menos?

I.C.G.- Eso fue a principios del 50 o del 51, hasta estos días de que hablamos, del 52; es decir, por lo menos 2 años.

C.G.- ¿Usted llegó a tener el Archivo de la Biblioteca Pública del Estado?

I.C.G.- Con los libros aparecieron algunos legajos de correspondencia firmados por algunos directores como Rafael Nájera... Carlos los Medellín (este, poeta de los años 20), pero una cosa muy aislada, algún informe, algún libro de registro de lectores, pero no sé a dónde fue a parar ese archivo.

C.G.- ¿No recuerda el nombre del último director de la Biblioteca Pública?

I.C.G.- Los directores que yo conocí fueron: Matute, un anciano muy achacosito; luego nuestro amigo, ya desaparecido también, Apolinar Nájera de León, pero el último director, sinceramente no me acuerdo quién es.

C.G.- Cambiando de tema. Profesor, ese nuevo aire de aprecio y simpatía por la Biblioteca Universitaria que se inició en los años 50 ¿a qué cree usted que se debió? ¿Qué fue lo que con junto todo eso?

I.C.G.- Pues yo me atrevería a pensar que era el momento en que se iniciaba la obra estudiantil de la Ciudad Universitaria y el nacimiento del Patronato Universitario y estaban al frente de estas instituciones hombres como el Lic. Rangel Frías y Manuel Barragán, que gozaban de la más amplia simpatía y apoyo de la sociedad de Monterrey. Pero, por otra parte, también es el momento del crecimiento cultural de la ciudad iniciado en los 40, con la creación del Instituto Tecnológico y de la Universidad, ya definitivamente. Y, por qué no de

cirlo, una especie de rivalidad o de competencia saludable entre el Tecnológico y la Universidad, que estaban proveyéndose cada día de fondos bibliográficos tan necesarios como instrumentos de trabajo.

C.G.- ¿Fue un factor de gran trascendencia la adquisición del Fondo Valverde y Téllez?

I.C.G.- Ya lo creo que sí. Se corría el riesgo de que alguna institución extranjera, o la capital, lo adquirieran. Y obró la circunstancia de que a la sazón estaba la Universidad recibiendo aportaciones para la construcción de la Ciudad Universitaria. Entonces hubo un interés muy especial de parte de don Carlos Prieto, Director General de la Fundidora, de --- aportar un anticipo muy valioso, económico, para la adquisición de esta Biblioteca y se vio, desde luego, la intervención con un interés muy importante para nosotros, de una persona que estuvo muy ligada en vida con el Obispo Valverde y Téllez, el maestro historiador W. Jiménez Moreno. El conocía la Biblioteca y acudió a nuestra Universidad, al Lic. Raúl Rangel Frías y a un servidor para que gestionáramos su adquisición.

C.G.- Le voy a plantear una deducción que tengo de los años 50 en cuanto a la Biblioteca Universitaria: El único paso de mala suerte que se dio fue haber trasladado la Biblioteca a los bajos del Monumento. En aquel auge, la Biblioteca Universitaria merecía un lugar más especial, más amplio. El maestro Rangel Frías me explicó la cuestión presupuestal, pero indudablemente que fue un hecho que repercutió mucho. ¿Qué tanto repercutió después no haber tenido un lugar más adecuado?

I.C.G.- Es incuestionable que el sitio no era el más adecuado para la Biblioteca. Se le hicieron adaptaciones que admiraron --- propios y extraños, porque todas las cosas nuevas son bellas y entonces, pisos, cristales, estantería metálica, una novedad entonces, música de fondo, qué se yo, admiraba a los bibliotecarios de provincia cuando fue celebrado aquí uno de los primeros encuentros de bibliotecarios. La afluencia del público, particularmente de jovencitos de primaria y de bachillerato, fue deteriorando particularmente el mobiliario y

... una especie de rivalidad o de competencia saludable entre el Tecnológico y la Universidad, que estaban proveyendo cada día de fondos bibliográficos tan necesarios como instrumentos de trabajo.

C.G. - Fue un factor de gran trascendencia la adquisición del Fondo Valverde y Téllez?

I.C.G. - Ya lo creo que sí. Se corría el riesgo de que alguna institución extranjera, o la capital, lo adquirieran. Y oír la circunstancia de que a la sazón estaba la Universidad recibiendo aportaciones para la construcción de la Ciudad Universitaria. Entonces hubo un interés muy especial de parte de don Carlos Prieto, Director General de la Fundidora, de aportar un anticipo muy valioso, económico, para la adquisición de esta Biblioteca y se vio, desde luego, la intervención con un interés muy importante para nosotros, de una persona que estuvo muy ligada en vida con el Obispo Valverde y Téllez, el maestro historiador W. Jiménez Moreno. El Lic. Rangel Frías y a un servidor para que gestionáramos su adquisición.

C.G. - Le voy a plantear una deducción que tengo de los años 50 en cuanto a la Biblioteca Universitaria: El único paso de más suerte que se dio fue haber trasladado la Biblioteca a los bajos del Monumento. En aquel auge, la Biblioteca Universitaria merecía un lugar más especial, más amplio. El maestro Rangel Frías me explicó la cuestión presupuestal, pero indudablemente que fue un hecho que repercutió mucho. ¿Qué tan to repercutió después no haber tenido un lugar más adecuado?

I.C.G. - Es incuestionable que el sitio no era el más adecuado para la Biblioteca. Se le hicieron adaptaciones que admitieron propios y extraños, porque todas las cosas nuevas son bellas y entonces, pisos, cristales, estanterías metálicas, una novedad entonces, música de fondo, que se ve, admiraba a los bibliotecarios de provincia cuando fue celebrado aquí uno de los primeros encuentros de bibliotecarios. La influencia del público, particularmente de jóvenes de primaria y de bachillerato, fue deteriorando particularmente el mobiliario

las paredes y la apariencia se fue decayendo en forma terrible. Por otra parte, aunque no había acceso a los fondos bibliográficos, puesto que la sala de lectura estaba separada por cristales... la pérdida de libros por esa razón no fue latente, creo que las cosas vinieron más tarde. No por hablar en primera persona, nosotros cuidamos el tesoro al extremo... Hubo otras circunstancias especiales ligadas a las del espacio, al presupuesto y la mayor falta de atención de las autoridades.

Entrevista con el Sr. José Angel Rendón.

C.G. - ¿Cuándo se cerró la Biblioteca Pública?

J.A.R. - Yo casi no alcancé a ir, porque yo no era de aquí. Nosotros llegamos en 1945. Me acuerdo que fui a esa Biblioteca una o dos veces, porque además yo no era estudiante y no conocía aquí. La Biblioteca debe haberse cerrado en la época de Morones Prieto, porque la quitaron de allí para ampliar la Tesorería y todo el acervo lo mandaron a la escuela Fernández de Lizardi, la tenían encajonada, ahí se perdieron muchos volúmenes.

C.G. - ¿Cuándo entraste a trabajar a la Biblioteca Universitaria?

J.A.R. - En 1950. Pero la Biblioteca Universitaria estaba cancelada también. Estaba en cajones, ahí donde está la torre de astronomía de la Prepa 1, porque cuando se hizo la toma de Rectoría, en aquel movimiento estudiantil, cuando el Doctor Livas, ahí estaba y ahí duró hasta 1950, año en que el Lic. Rangel ordenó que se reestructurara la Biblioteca... contaba aproximadamente con 5,000 volúmenes.

C.G. - ¿Cómo se llamaba la Biblioteca?

J.A.R. - No tenía nombre. Era un anexo de Acción Social Universitaria. El último encargado de eso fue el maestro Zertuche. Después ya al reorganizarse, contrataron a Lupita Dávila, sobrina de Don Alfonso Reyes, ella decía que sabía clasificar y aquí nadie sabía de Biblioteconomía y ella había tomado un curso con un viejito que entonces era en Monterrey la única persona que sabía clasificar.

La Biblioteca trabajaba en el lugar donde ahora es la Di-

las paredes y la apariencia se fue decayendo en forma terri-
ble. Por otra parte, aunque no había acceso a los fondos bi-
bliográficos, puesto que la sala de lectura estaba separada
por cristales... la pérdida de libros por esa razón no fue
intente, creo que las cosas vinieron más tarde. No por ha-
blar en primera persona, nosotros cuidamos el tesoro al ex-
tremo... Hubo otras circunstancias especiales ligadas a las
del espacio, al presupuesto y la mayor falta de atención de
las autoridades.

Entrevista con el Sr. José Ángel Rendón

C.G. - ¿Cuándo se cerró la Biblioteca Pública?
J.A.R. - Yo casi no alcanzo a ir, porque yo no era de aquí. Nosotros
llegamos en 1945. Me acuerdo que fui a esa biblioteca una o
dos veces, porque además yo no era estudiante y no conocía
aquí. La biblioteca debe haberse cerrado en la época de Mo-
rón Prieto, porque la quitaron de allí para ampliar la Te-
soría y todo el acervo lo mandaron a la escuela Fernández
de Lizardi, la tenían encajonada, ahí se perdieron muchos vo-
lúmenes.

C.G. - ¿Cuándo entraste a trabajar a la Biblioteca Universitaria?
J.A.R. - En 1950. Pero la biblioteca universitaria estaba cancelada
también. Estaba en cajones, ahí donde está la torre de astro-
nomía de la Prepa 1, porque cuando se hizo la toma de Recro-
ta, en aquel movimiento estudiantil, cuando el Doctor Liva-
soli estaba y ahí duró hasta 1950, año en que el Lic. Rangel
ordenó que se reestructurara la biblioteca... contaba aproxi-
madamente con 5,000 volúmenes.

C.G. - ¿Cómo se llamaba la biblioteca?
J.A.R. - No tenía nombre. Era un anexo de Acción Social Universita-
ria. El último encargado de eso fue el maestro Letiche. Des-
pués ya al reorganizarse, contrataron a Lupita Davila, sobri-
na de Don Alfonso Reyes, ella decía que sabía clasificar y
aquí nadie sabía de bibliotecología y ella había tomado un
curso con un viejito que entonces era en Monterrey la única
persona que sabía clasificar.

La biblioteca trabajaba en el lugar donde ahora es la Di-

rección de la Prepa 3 y ahí se trabajaba en la clasificación
de los libros.

C.G. - Cuando se inaugura la Biblioteca Universitaria, en el 52, en
una sala de la Preparatoria Núm. 2, los fondos de la Biblio-
teca que estaban en el Colegio Civil, se fueron para allá?

J.A.R. - Cuando se compró la Valverde y Téllez, esa biblioteca te-
nía 12,000 libros (se dice que más, pero eran sólo 12,000. El
resto eran revistas, periódicos y otras cosas). Sí, el fondo
se fue para la nueva biblioteca, al llegar la Valverde y Té-
llez. Y lo mismo se acordó que los volúmenes de la Ex-Públi-
ca, estaban en la Fernández de Lizardi, se fueran también a
la nueva biblioteca.

C.G. - Los bajos del Monumento a Escobedo ¿qué eran?

J.A.R. - El Departamento de Fotografía del Gobierno del Estado, se
adaptaba también para los coches de los funcionarios... y se
instaló ahí la biblioteca porque en el lugar donde estaba --
allá cerca del Obispado, casi no había gente, por eso la tras-
ladaron para acá.

C.G. - ¿Cuándo fuiste Director de la Biblioteca Universitaria Alfonso
Reyes?

J.A.R. - Fui director de 1963 a 1981.

C.G. - ¿Cómo se hacían las adquisiciones en tu época?

J.A.R. - En la época mía no se daba dinero. Daban una cantidad men-
sual para compras pero casi no había fondos para adquisicio-
nes. Había años que no nos daban ni un "quinto". Había ingre-
sos de libros porque teníamos algunas donaciones y porque --
la biblioteca tenía prestigio a nivel nacional y los autores
nos enviaban sus libros.

C.G. - ¿Cuál era el sistema de clasificación que utilizaban.

J.A.R. - El sistema de Bruselas. Y después fuimos a los congresos de
Bibliotecología. Mandamos a estudiar a Don Rogelio Cavazos a
México, porque aquí en Monterrey no había clasificadores, só-
lo Miguel Montemayor. Entonces nosotros mandamos a Don Rogelio
a estudiar a México en un curso que dio la Escuela Nacional
de Bibliotecarios y como don Rogelio era muy inteligente, --
aprendió muy bien a clasificar en el sistema Dewey.

C.G. - Todos los informes tuyos están en Inter Folia.

J.A.R. - Sí. También los de Israel.